LITERARIA

Giovanni de J. Rodríguez P.

Condenados

INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA DE ENVIGADO
Ciencia, educación y desarrollo
Vigilada Mineducación

Fondo Editorial
Institución Universitaria de Envigado

CONDENADOS

Giovanni de J. Rodríguez P.

Fondo Editorial
Institución Universitaria de Envigado

Rodríguez P., Giovanni de J.
Condenados / Giovanni de J. Rodríguez P. – Envigado: Institución Universitaria de Envigado, 2021.
596 páginas.

ISBN Impreso: 978-958-53318-2-2
ISBN Pdf: 978-958-53318-4-6
ISBN E-pub: 978-958-53318-3-9

Novela de ciencia ficción colombiana – 2. Literatura colombiana

C863.44

Condenados

© Giovanni de J. Rodríguez P.
© Institución Universitaria de Envigado, (IUE)
Segunda edición: abril de 2021
Hechos todos los depósitos legales

Rectora
Blanca Libia Echeverri Londoño

Director de Publicaciones
Jorge Hernando Restrepo Quirós

Coordinadora de Publicaciones
Lina Marcela Patiño Olarte

Diseño y Diagramación
Leonardo Sánchez Perea

Corrección de estilo
Erika Tatiana Agudelo Olarte

Edición
Sello Editorial Institución Universitaria de Envigado
Fondo Editorial IUE
Institución Universitaria de Envigado
Teléfono: 339 10 10 ext 1524
Carrera 27 B # 39 A Sur 57 - Envigado Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor. Por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la Institución Universitaria de Envigado.

Prohibida la reproducción total o parcial del libro, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor(es) o del Fondo Editorial IUE.

A la memoria de Bernardo.
Lo llamaron negrita, fortaleza y campeón; yo le decía papá.
Fue un hombre ejemplar, que dejó de escribir cuando su mano empezó a temblar.

A Gloria. La negrita,
que es pura y blanca como un rayo de luz.

Agradecimientos

Este libro se enriqueció con investigaciones, lecturas, entrevistas y sueños. Lo terminé después de mil días, y gracias al apoyo de mi familia. Sus animosas palabras y el amor que me prodigan son la mejor compañía en el acto solitario de escribir.

A mi esposa que en este viaje llamado vida navega conmigo con amor incondicional.

A Sara, que tiene mirada de ángel y a través de sus ojos descubro el infinito. Convertida en mi faro y en mi motor me ayuda todos los días a morir y a resucitar.

También quiero agradecer a mis Beta readers entusiastas y diligentes. Entre ellos, especialmente a mi hermana Angélica Rodríguez y a mis dos queridas amigas Ángela Montoya y Nancy Arango.

A mi estimado amigo y científico de la Universidad de Antioquia, su genialidad es una inagotable fuente de información e inspiración, agradezco la notable asistencia que recibí en temas de astrofísica. Acatando su indicación dejaré su nombre en secreto.

De manera muy especial, doy mi agradecimiento y homenaje a José Librado Porras, hombre amable y maestro valioso que puso en mi pluma la infinitud de la prosa y la exactitud de las palabras.

Finalmente, y no menos importante, a ti, mi estimado lector. Me sentiré satisfecho si esta lectura logra evocarte un recuerdo, causarte una reflexión o arrancarte una emoción.

Prólogo

Después de escribir novelas históricas por más de un lustro, en 2016 me abordó una impertinente idea que atenazó mis pensamientos por varios meses. En ese periodo de incubación me aproximé a realidades desconocidas y conocí personajes singulares que no pararon de hablar a mi oído hasta quebrarme la voluntad y persuadirme para escribir *Condenados*.

Fue así como me sumergí, durante más de tres años, en un mundo distópico de contrastes y misterios en el que las realidades oníricas se funden en contextos verosímiles de la vida cotidiana, creando conspiraciones y laberintos sociales a través de sorprendentes imágenes. No obstante, no es una novela negra o de misterio. Es una historia de ciencia ficción cargada con profusos detalles. Elaborada como una muñeca rusa, crece en intensidades y reserva un desenlace insospechado capaz de vincular al lector, de tal manera que se sentirá uno de los personajes, se le avivarán emociones y reflexiones y atesorará momentos placenteros de esta lectura.

Como novela de ciencia ficción enriquecida con tantos matices tiene todos los aditamentos necesarios para el disfrute de los amantes de la ciencia, la psicología y la mitología. Es un híbrido de géneros y a la vez un osado experimento literario cuyo asiento es la cruda realidad de una Colombia diversa, rica e injusta que muchos aman y otros muchos ignoran.

Primera parte

El crepúsculo llegó vestido de Caronte para llevarse a la humanidad hacia el mundo de las sombras. Ana Pontefino lo intuía como la más cruel de las corazonadas, pero enmudeció por el temor que le producían sus pensamientos. Durante los últimos diez años vio a la humanidad hundirse en un lodazal de mezquindades y miserias... hasta hace unos días. Él regresó en medio de un estallido de luz y los otros aparecieron detrás del halo de fuego.

1. La despedida

Bogotá, martes 10 de octubre de 2045.

A las seis de la tarde el ocaso impregnó el cielo con un encantamiento iridiscente que cautivó la atención de los bogotanos. Un gigantesco arco luminoso apareció por el norte y se extendió por el firmamento hacia el sur, formando una especie de muralla verdosa que dividía el cielo en dos. No tardó mucho tiempo para que el arco se diluyera sobre la bóveda celeste y la tornasolara con halos escarlatas surtidos por resplandores dorados y púrpuras sobre un manto azul. El espectáculo, difícil de describir, dejó perplejos a millones de ciudadanos.

—El clima del planeta está de cabezas y, para colmo, el sol está de fiesta... Pasaron casi dos siglos para que fuésemos testigos de un evento Carrington. No sé si sentirme afortunado o lamentar esta condenada suerte. Menos mal que el torrente de partículas es menor en el trópico, de lo contrario estaríamos con las manos cruzadas sin saber qué hacer. —Guillermo Pontefino le regaló una mirada de desaliento—. Gracias a Dios no tengo implantes porque los transhumanos están llevando la peor parte al inhabilitárseles sus facultades. Hoy murieron dos: un astronauta japonés en la estación espacial ardió en llamas mientras caminaba por la plataforma exterior, estaba a nueve minutos de la compuerta de acceso, nueve minutos para sobrevivir y le avisaron sin retardo cuando los sensores de la sonda Hayabusa-8 detectaron la eyección de masa coronal, pero la explosión solar llegó en ocho minutos. El otro, Enzo Fusco, empresario y coleccionista de libros antiguos, fue mi primo hasta las dos y media de la tarde. Estudiamos en el mismo colegio donde lo apodaron 'Coco', apócope de cocodrilo, por tener una boca grande. Falleció a causa de una sobrecarga eléctrica que ocasionó un cortocircuito en la red neuronal que conectaba su antena frontal con el cerebro. Estaba de turismo en la Catedral de Westminster. El pobre

cayó frente a la tumba de Charles Dickens; los demás turistas entraron en pánico cuando vieron salir fumarolas negras por sus orejas—. Suspiró y un hálito impregnado de alcohol le perfumó la voz. —A mí, solo se me inflamaron los ganglios. Mire usted, ¿cuándo se había visto auroras en estas latitudes? Señor, casi nadie sabe que los átomos de hidrógeno excitados en niveles de energía bajos forman la cortina de luz rojiza, ¿lo ve? Ya se está desvaneciendo. —Guillermo levantó la cabeza hacia el firmamento como pidiendo ayuda del cielo, luego regresó una mirada de tedio al científico que no paraba de hablar. Gesto que Benoni no logró descifrar porque hablaba con un ojo mirando para fuera y otro para dentro—. La borrasca de la madrugada fue cosa seria, no había visto llover así en toda mi vida. En los noticieros dijeron que afectó principalmente siembras de jazmines. Pero sabe una cosa, señor presidente, el cambio climático es una invención para arrinconarnos y hacernos creer en la necesidad de una institución independiente de cualquier gobierno...

—Benoni, estás borracho... ya deja de hablar.

El científico, intimidado por la insidiosa respuesta, desaceleró el paso y dejó que el presidente se alejara. Por el lado pasaron los demás representantes del Estado con ojos de piedra y semblantes de acero, apenas advirtieron su presencia falseada de sobriedad. Benoni Bachis se preguntó qué tenía de malo beber un poco de vino, a lo sumo habían sido dos botellas de sangiovese procedentes de su natal Carmignano. Las miradas de reproche de los burócratas lo hicieron sentir como un antílope en medio de una manada de leones. Así que optó por apiñarse con sus correligionarios que observaban la aurora boreal con mirada arrobada, estupefactos y retraídos de la realidad. Caminaron indiferentes ante la presencia de ángeles de yeso postrados sobre las tumbas.

La procesión silenciosa caminó detrás del féretro haciendo caso omiso al abrazador frío que arañaba las lápidas de mármol del Cementerio Central. La distinguida romería de personalidades se combinaba con un batallón de periodistas que se mezclaban con decenas de militares encargados de la seguridad, y entre ellos, circulaban centenares de personas que alguna vez fueron bendecidas por la caridad de la fallecida. También hacían acto de presencia personalidades estatales del ámbito internacional y nacional entre los que se contaban los mandatarios de

México, Brasil, Perú y Venezuela. Ministros, senadores, cancilleres y casi todo el gabinete presidencial, excepto Milton Calahor. La junta directiva del gremio nacional de pintores tampoco se perdió las exequias y junto a ellos marchaba un centenar de supersticiosos que creían en la expiación de los pecados por peregrinar junto a la que consideraban una verdadera santa. Todos andaban hacia la final morada de la última fallecida del día. Contrario a lo que las malas lenguas decían, ella no murió por las cartas.

—Hermano, han muerto más de cuarenta mil personas. Ya no hay espacio en los cementerios. —Gabriel Pontefino susurró con precaución para que nadie más lo escuchara.

—Cuarenta y cuatro mil trescientas y una, para ser exactos. Ya se promulgó por ley que todo fallecido será cremado. —Guillermo contestó sin mover un solo músculo de la cara mientras una ráfaga de viento silbó al entrar por el resquicio de la mampostería averiada—. Huele demasiado a flores, ¿no te parece? Tanto perfume me está mareando.

—No es perfume, es una peste. Huele así por todos lados. Lo noté al salir de la Catedral Primada, casi vomito cuando cruzamos la Avenida Caracas.

Juan Pacheco los escuchó, sabía que la intensa fragancia de flores marchitas provenía del sureste, a escasos veintiún kilómetros donde miles de hectáreas de cultivos se arruinaron por la granizada de la madrugada. No dijo nada y prefirió desviar la mirada hasta posarse de pleno sobre la insigne flacura de Marion Dubois. El cuello largo de cisne que una vez le hizo ganar admiradores ahora revelaba hilos de tendones y meandros de arterias azulosas que trataban de esconderse entre largos mechones dorados. Marion languidecía como el día y Juan sintió más pena por ella que por la difunta.

Gabriel levantó la mirada hacia el atardecer: la aurora se desvaneció, el horizonte le había dado el primer mordisco al sol, nubes oscuras se arremolinaron en el norte. “Esta noche de nuevo lloverá” pensó en voz alta. Hizo una pausa para tragar saliva y recordar la cristalina mirada de su amada madre. Su presencia tibia estaba tan cercana y tan distante que la abstracción de la pérdida le nublaba los recuerdos y solo le permitía ver la imagen más triste que una persona puede inmortalizar en la memoria: el cuerpo sin vida de su madre enfriándose encima de la cama. Gabriel

suspiró, sacudió la cabeza y con el movimiento se le desprendió la última lágrima que derramaría en vida.

—¿Será que tienen razón? —preguntó mientras ponía cara de pánico al recordar el rostro de Ate, el asesino potencial más grande de toda la historia.

—Gabriel, todos creen saber lo que ocurre y te aseguro que están equivocados. Nadie se lo imagina...

—Por todos los santos, ¿qué es?

—No te lo puedo contar.

Gabriel endureció la mirada y se sintió indignado.

—Ate está más cerca... la gente dice que ese diablo tiene la culpa de todo.

—Hermano, solo Dios lo sabe. Ate puede matar a millones y los sobrevivientes estarían condenados a una nueva era glaciar. El doctor Nahuel dice que no debemos preocuparnos, que está controlado; incluso si se acerca demasiado podemos desviarlo.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver con las cartas?

—Te aseguro que no. El peligro hollywoodense que vemos es infundado, es creado por nuestros propios miedos.

Gabriel apretó los labios y se persignó. Pacheco se burló en silencio; con Gabriel nunca congenió y desde que lo conoció observó incoherencias en su realidad clerical. Al cura siempre le acompañaba una sombra de insatisfacción en la mirada que a Juan le daba desconfianza.

—Mamá en su locura dijo tantas incoherencias relacionadas con este escenario de muerte que estoy seguro de que sabía quién es el autor y se llevó el secreto a la tumba.

—Gabriel, no lo sé. Por su enfermedad no podría juzgar si las cosas que dijo eran realidad o fantasía. Hablé con ella horas antes de morir y solo dijo disparates. Al menos murió en casa tranquila y sin los dolores que provoca la agonía.

—Yo creo que sí sabía algo, mamá tuvo mucho poder y hablaba de cosas extrañas, pudo decirte quién era el autor de tantas muertes y desgracias.

—Gabriel estás paranoico. Más sabrá nuestra hermana... cuando cayó la primera carta dijo que la amenaza era real. Mejor deja la memoria de mamá en paz, ella fue una persona enigmática y no heredamos su carácter ni sus secretos. No me desgastaré emprendiendo odiseas inútiles en busca de quimeras. Ahora tengo una responsabilidad mayor y los ojos del mundo recaen sobre mis hombros. Sabes, te adelantaré algo, el trabajo con el equipo de científicos está dando frutos.

—Son solo niños jugando a la ciencia, ¿cómo podrán salvar el mundo?

—No los discrimines por su juventud, esos muchachos que no pasan de los veinticinco años son unas lumbreras.

—Guillermo, no somos Sísifo para engañar a la muerte. La Parca se carga el alma de los difuntos y una parte de la vida de los que quedamos en este mundo. Sin mamá nada volverá a ser igual.

—Gabriel, puedes estar seguro de que meteré a La Parca en la cárcel.

La mirada del presidente se cruzó con la de Juan Pacheco. Este, con un ademán, le indicó que se fijara en Marion Dubois: los melancólicos ojos azules de la primera dama estaban hechos una fuente de lágrimas.

—Hoy no cayeron cartas, ¿no te parece extraño? —Gabriel habló sin notar que Guillermo tenía la atención puesta en otra parte. Aun así, Guillermo respondió con tono afanoso:

—Es una tregua por la muerte de mamá. Quien esté detrás de todo esto debe estar con nosotros en el cementerio. Ahora, si me lo permites debo cuidar de mi esposa.

2. Fantasmas en la casa

Bogotá, martes 5 de septiembre de 2045.

—Rosa, ven rápido: hay un hombre en mi cuarto.

En segundos, una mujer vestida de blanco y de complexión recia entró a trompicones en la habitación. Con cara de espanto observó a la octogenaria Margarita arrinconada en el borde de la cama con las piernas cruzadas y la cabeza apuntalada en medio de las rodillas. La anciana tenía un semblante de cabra mojada; arrugaba la nariz y la cumbamba mientras babeaba. Las aguas le chorreaban como hilos vidriosos y elásticos hasta las pantorrillas, no paraba de temblar y con cada temblor surgía un crujido arenoso desde las articulaciones capaz de estremecer a un espanto. Era más de lo mismo, y la enfermera lamentó haber interrumpido su sesión amatoria con John Keats, el poeta con cara de ángel que calentaba su cama. Miró a Margarita como se mira un espantapájaros, por un instante quiso darse la vuelta y regresar al paraíso de sábanas suaves que le esperaban a su cuerpo para colmarlo de caricias húmedas mientras perdía la conciencia presa de sus fantasías.

—¿Por qué tanto alboroto, señora? Despertará a todos en casa.

Doña Margarita escuchó el reclamo como la voz que reverbera adentro de un tubo y debió aguantar la respiración para que los rechinamientos de su desvencijado cuerpo no eclipsaran la comunicación del momento. Inclinó la cabeza y con la timidez de una niña de siete años señaló hacia un costado. La enfermera giró el cuello y lo vio: estaba apostado en la pared con una mirada contemplativa y azulada como un cielo, a la que ella respondió con una sonrisa blanca. Suspiró al verlo y lo miró como se hace con el bien amado. Él, con el rostro de adonis perfecto y el poder de aplacar los nervios de cualquier mujer, no logró quitarle a la enfermera la desazón por el interruptus causado a su ególatra soledad mientras

viajaba por los jardines del onanismo que marchitó el grito insolente de un falso auxilio.

—Llévatelo.

—¡Qué me lo lleve! Doña Margarita, por favor, si es un ángel. Cualquier mujer desearía tener un hombre así en el cuarto.

—Me mira todo el tiempo y no me deja dormir.

—¡Santo cielo! No se ponga melindrosa a estas horas de la noche, lo que usted necesita es dormir.

La enfermera lo observó de reojo; él se mantuvo inmóvil en su posición habitual que le hacía verse tácito y ausente, sus rosados labios parecían hablar más de la cuenta así no modularan palabra, imprimiendo en el ambiente un no sé qué indescifrable... y ese encanto misterioso de ingenuidad juvenil y arrogancia varonil seducía, sin proponérselo, el corazón de las damas que lo miraban.

—Mírelo, en ese talante se proyecta la imagen de un dios griego...

Iba a seguir hablando de don Alfonso cuando advirtió un silbido casi imperceptible que provenía debajo de la cama (podría ser un gato con asfixia o un duende quejándose de gota) y su corazón acelerado confundió el miedo de la anciana con el propio.

—Ves por qué no puedo dormir, me atormentan todo el tiempo.

—A estas horas el cerebro no escucha, no ve y no piensa. —Se excusó para no mirar debajo de la cama. Solo de niña le tuvo miedo al payaso que roba los sueños, profesaba que esa entelequia de cara pintada y dientes afilados había muerto con su pasado, hasta que habitó en la casa de la anciana—. Mejor hablemos de John Keats... ¡Oh, soledad! Si contigo debo vivir, que no sea en el desordenado sufrir de turbias y sombrías moradas... —Lo recitó con tono de alegría sin reparar que dichas palabras eran una radiografía de su propia vida.

La conversación disolvió el miedo, los versos del poeta sosegaron los ánimos y acallaron los ruidos extraños. La anciana dejó de temblar. Sin embargo, señalaba la pared con perturbadora insistencia. Margarita no soportó la indiferencia y protestó por no recibir atención.

—Él nunca dice nada. Presiento que en cualquier momento saltará otra vez de la pared.

La enfermera miró a la anciana con dulzura e hizo suyo el tormento ajeno. Pobre le decía y pobre a sí misma por estar en la otra orilla sufriendo lo innombrable tras cientos de horas de vigilia. Mery, la enfermera, aseguraba que las personas se conectan a través de las experiencias y estrechan lazos afectivos indisolubles por el resto de su existencia, una especie de ósmosis vivencial en la que se implantan en cuerpo ajeno felicidades y tormentos. En ese sentido, Mery cada día se sentía más anciana y enferma. Hacía seis meses la demencia senil de doña Margarita se había agudizado de tal forma que se abreviaron las jornadas en horas y las horas en minutos afectando los ciclos de vigilia y sueño. La anciana empezó a tener visiones surrealistas comparables con paisajes y personajes trazados en pinturas de Dalí. Uno de esos imaginarios la atormentaba al menos una vez por semana. Lo describió como un ser deforme, un humanoide de tres metros de altura y cráneo dolicocéfalo con frente hundida de la que le nace una serpiente con patas de león que trepa por la frente hasta rodear la cabeza y descansar encima de un hombro. Ese ser monstruoso siempre surgía de la pintura de don Alfonso emitiendo un sonido latoso semejante al llanto de una hiena. Luego sobrevenía un largo silencio que se rompía por los alaridos de Margarita en los que repetía que le regresaran sus hijas. La enfermera monitoreó por dos meses las alucinaciones y tomó notas referentes a la hora exacta de ocurrencia y encontró que todos los episodios estaban emparentados con el fenómeno *sundowning*, también llamado síndrome del ocaso debido a que se manifiesta al ponerse el sol y se expresa con una exacerbación de los síntomas conductuales del paciente. Mery, con su personalidad mordaz, mostró una desproporcionada actitud hilarante y comparó el estado enfermizo de la anciana con el de un vampiro que descubre su verdadera naturaleza cuando llega la noche: "¡En verdad está bien loca!", decía para sus adentros al mismo tiempo que en su mente recreaba la descripción del listado bestial de alucinaciones que sufría la anciana: grifos, hidras y arpías la visitaban. Espectros vaporosos negros como el carbón y seres de cuatro cabezas. El retrato del ser más querido, inmortalizado por su propia mano hace más de veinte años en un óleo de colores vívidos y delicadas texturas se trasmutaba en un gigante que tenía por sombrero una serpiente con ojos de humano. Aunque la enfermera había perdido la dulzura del trato hacia sus pacientes, aún le

quedaban vestigios de lo más importante: el respeto. Y esto la llevó a buscar un método alternativo, no químico, para alivianar los incidentes nocturnos. Siempre dejaba la radio con música de Mozart. Los resultados demostraron una leve mejoría. Sin embargo, existían otros factores desconocidos en la medicina que menoscababan todos los esfuerzos que realizaba. Tales eran las extrañas e inexplicables circunstancias que sucedían noche tras noche en la casa de los Pontefino, a tal punto que Mery y los demás residentes empezaron a escuchar voces susurrando secretos provenientes del viento, huellas de pies húmedos en el corredor dejadas por pisadas irreconocibles, manos que desollaban el aire del patio haciendo que bufara como un animal herido y, por encima de todo, lo más perturbador fue percibir la presencia inexistente de un extraño, de manera que los residentes de la casa creían ciertas las alucinaciones de la anciana. A medida que pasaba el tiempo, el desacoplamiento de la realidad en la mente de doña Margarita se intensificó y surgieron otra clase de eventos inexplicables: miradas persiguieron por los pasillos a los visitantes, ronquidos emergieron de las paredes y olores nauseabundos circularon por los rincones del ático. Aunque era de poca ayuda, la música no dejó de sonar y le sirvió a la enfermera para sentirse acompañada. "Si a doña Margarita no le sirve, al menos a mí sí". Mery intuía que la locura era pegajosa, por aquello de que los vínculos entre las personas se hacen tan íntimos que terminan compartiendo experiencias. Ella, una mujer que de niña ganó todas las competencias atléticas del colegio y que en la universidad conquistó el oro usando el *Ura nage*, había dejado boquiabiertos a todos por la magistral exhibición de técnica y fuerza, y por del charco de sangre que manó de la clavícula izquierda de la oponente que se retorció de dolor en el suelo. En el presente, Mery sentía que era un saco de boxeo de setenta kilos agrietado por cuarenta años de vida a la intemperie. Se había vuelto llorona y miedosa, lasciva y ponzoñosa. Con frecuencia se aislaba del mundo en la habitación, y, debajo de las cobijas, se ahogaba en llanto por la mayor desgracia de su vida: ser soltera. Margarita resopló y por la garganta floreció un quejido como el de un madero que se quiebra. Mery, que miraba absorta hacia sus adentros, salió de sus abismos y se quedó mirando a la anciana como si observase una indescifrable obra de arte.

—Tengo miedo, la serpiente habla en lenguas extrañas. Saca al demonio, Rosita, por favor sácalo de aquí.

—Está bien, lo haré con una condición; si se toma la medicina sacaré del cuarto a don Alfonso.

Doña Margarita asintió con la cabeza y recibió una diminuta pastillita rosada. Luego la anciana escurrió su cuerpo debajo de la cobija de lana, cerró los ojos y recibió un beso en la frente.

—Descansa, ya descansa —dijo—. De una vez por todas—. Pensó, y su pensamiento estuvo limpio de maldad. La mano de la anciana cogió el antebrazo de la enfermera y lo sujetó con firmeza.

—Llámalos, llámalos...

—Doña Margarita, tranquilícese, los llamaré mañana. Esos tres diablillos vendrán pronto a visitarla, ahora no se preocupe y duerma que los ángeles de la guarda la cuidarán.

—A ellos no. —Los ojos vidriosos de la anciana centellearon como calderos con fuego—. Llama a DF-2 son los únicos que pueden salvarme. Que vengan rápido y me cubran con sus alas de oro y plata.

Mery alzó una ceja y esbozó una leve sonrisa.

—Sí, mi señora, llamaré al Distrito Federal Dos, mañana lo haré, a estas horas todos duermen y nosotros también debemos hacerlo.

—Rosa, son los protectores y mañana tengo que salir con ellos. Mi terapeuta dijo que debía... —Margarita respondió entre dientes y se quedó dormida antes de terminar la frase.

La medicina actuó rápido y ahora ningún fenómeno natural o paranormal la despertaría. La anciana fue observada por cuatro ojos, dos azules pintados por el pincel del amor inmaculado que se recuerda con entrañable anhelo; y dos ojos saltones, oscuros e indescifrables igual que el lenguaje más antiguo del mundo, olvidado por los mortales. La mirada oscura era tan negra como los deseos inhibidos que albergaba el alma de la enfermera, como las acciones reprochables que tuvo en el pasado, sobre todo, igual a los dementores que viajaban por su mente a la espera del alimento que reciben cuando ella está a solas.

El consumido pecho de la anciana se movía lento. Mery miró de reojo el retrato de don Alfonso y frunció el ceño. Él respondió a su mirada con

una carcajada contenida. Para él no existían los secretos en la casa de los Pontefino, sabía bien lo que la enfermera pretendía, sus planes para satisfacer las sombras que anegaban la luz de su existencia. Incluso sabiéndolo, no podía hacer nada, era un testigo mudo de los acontecimientos que ocurrían en el amado espacio que una vez fue su hogar.

—Sigue riéndote de mí y un día te pinto bigote; he cargado esta cruz más de un año, así que te quedarás ahí colgado hasta que ella te acompañe.

Apagó la luz y salió de la habitación. Justo después de cerrar la puerta una sombra se le atravesó de frente, el corazón brincó y sintió que se le atascaba en la garganta. En la penumbra del corredor se dibujaba una alargada forma fantasmal que la miraba y por un momento creyó que el ánima de don Alfonso hacía acto de presencia para recriminarla. Se le helaron los intestinos, y las pupilas, a punto de desaguarse, se llenaron con una imagen difusa que al aproximarse expuso su aspecto mortal.

—¡MIERDA! ¿Qué hace ahí?

Solo esto faltaba, que el codiciado fruto de sus más lúbricos deseos se presentase. Se mordió el labio inferior cual Lamia que degusta de su víctima en la antesala del festín.

—Mery, perdona, no quise asustarte. No podía dormir y escuché ruido en la habitación de mamá, creí que necesitaba ayuda.

—Casi me matas del susto, ¿qué haces despierto a estas horas?

—Ya te lo dije, no puedo conciliar el sueño, hoy fue un día tan espinoso como la corona de Cristo en la parroquia. Dos feligreses en plena misa de mediodía perdieron la cordura y se machacaron a golpes. Mis regaños, las suplicas de las monjas y los brazos de tres fortachones parroquianos fueron insuficientes para detenerlos; mancharon una pared con sangre, dañaron tres butacas y quebraron el confesionario. Para colmo, un infeliz aprovechó la batahola para robarse una de las cestas con la limosna (para nuestra desgracia fue la que tenía los billetes) y en la fuga, corriendo como el mismísimo diablo al que se le queman los pies por pisar suelo santo, derribó a doña Jacinta. La única que ha probado el cuerpo de Cristo todos los días del año; la pobre tiene ínfulas de santa y por el encontronazo cayó de bruces rompiéndose como porcelana. La ambulancia tardó una

eternidad; ahora está en la clínica recuperándose de una fractura de cadera y moretones en los brazos. Su hijo, un tal Federico, que nunca va a misa y dicen que es la oveja negra de esa familia, nos amenazó con demandarnos dizque porque en la parroquia no tenemos mecanismos de seguridad. Y como si eso fuera poco, en la misa de la noche me enteré de que el ladrón y el Federico de Jacinta dizque son pareja, viven juntos hace tres años. No faltaba más, ¿cuándo se había visto esto?, la gente ya no teme a Dios ni tiene respeto por los lugares santos.

Mery frunció el ceño y asintió con la cabeza pensando que lo único que ella hacía en misa era soñar despierta con cualquier feligrés que tuviera manos grandes y buen trasero.

—¿Mamá cómo está?

—Gabriel, doña Margarita está estable, la crisis ya terminó. Aunque parece que prevalece el dolor psicogénico. Las heridas invisibles dejadas por el pasado y que nadie ve agobian a su mamá con tristezas que los medicamentos no pueden curar, bien le vendría salir de casa y pasear por un jardín mientras conversa contigo, con Ana o Guillermo de cualquier pendejada que la haga sentir una persona normal. Ya ha tenido suficiente con el diablo imaginario que ronda su cuarto, ¿opinas diferente?

El rostro redondo de Mery se relajó y el cuello se le hundió entre la musculatura flácida de unos hombros que fueron rocas en el pasado. Al hacer esa pregunta sintió un alivio inmenso y el nudo que sentía en la garganta se desanudó, fue como si descargara de su espalda diez kilos de piedras afiladas.

—Mery, todo esto te pone de mal humor, ¿cierto?

—Nunca me molestó trasnochar, es mi trabajo y estoy acostumbrada. Lo que me fastidia es que tu mamá siempre me llame Rosa, Begonia, Jazmín o Alfalfa. Nunca me llama por mi nombre. Incluso cuando éramos jóvenes me llamaba Belladona. Lo recuerdo bien, antes de saludar me miraba como si hurgara dentro de mi pecho y luego con una sonrisa me saludaba usando otro nombre.

Gabriel sonrió, recordó que de jóvenes su mamá olvidaba el nombre de las jovencitas que se acercaban con pretensiones de noviazgo y a sabiendas les ponía motes con nombres de flores.

—Mery, no te quejes. La belladona es una flor hermosa.

—¡Ah sí, en verdad lo crees! La belladona abundaba en las pócimas de las brujas, usado en forma de veneno para matar o desquiciar a sus contrarios.

—No lo tomes personal. También fue utilizada por las prostitutas romanas como artilugio estético, una gota en cada ojo bastaba para que se les dilatara la pupila y quedarán... chispeantes.

—¿Qué me quieres decir, tú mamá me veía como una puta?

—No, nada de eso, solo te daba un ejemplo. Mejor no supongas cosas que no son. Hace treinta años éramos jóvenes y actuábamos impulsados por hormonas, sueños y miedos insondables.

—Doña Margarita no me quería, desde que era una niña nunca me quiso. Eso no fue un secreto, todos lo sabían, incluso mi mamá me lo dijo una noche que regresé de tu casa, se sentó a mi lado como quien quiere decir algo y no encuentra palabras para expresarlo. Me dijo: "La reina de la casa Pontefino no te quiere, mejor no te metas con esos muchachos, tarde o temprano se hará su santa voluntad y saldrás lastimada". Las mamás son sabias y los hijos tercos, yo no le hice caso... y bueno ya sabes cómo acabó todo. Gracias a Dios tu mamá perdió la memoria, de lo contrario no me hubieran contratado. Supongo que entre los recuerdos perdidos de tu madre hay una Belladona convertida en rosa. O mejor: soy una bruja vestida con sotana.

—Mery, son cosas del pasado. Mamá seguro te tiene afecto.

—Irónico que ella también tenga nombre de flor, y que esa precisamente simbolice la inocencia infantil, espejo de su actual estado mental.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿Por qué será que tu madre solo recuerda el nombre de tu hermano? Ese bueno para nada. Incluso, a veces olvida el propio, el tuyo y el de tu hermana. Pero no el de tu hermano, ese...

—No hables mal de Guillermo. Dios sabe que está muy ocupado.

—Él no merece nada bueno de mi parte, le ha hecho mucho daño a la familia.

—Mery, nadie merece juzgar a nadie. Y no olvides que él es quien paga las cuentas, incluso tu salario. Mejor dime si mamá ya se durmió.

—Sí, señor, la pobre sufre mucho. Da lástima verla; hace tan solo unos años era la mujer más influyente del país, su forma de vestir terciaba las tendencias de moda de los personajes de la farándula; gobernantes y empresarios buscaban su consejo. Mírela ahora en lo que se ha convertido. Definitivamente esa enfermedad es el diablo.

—¡Mery! Cuántas veces te he dicho que no menciones a ese señor en esta casa. Cuida tus palabras.

—Lo sé, lo sé. Siempre se me olvida. Ya te lo he dicho, ese epíteto para mí es natural, una muletilla, es como decir: ¡Cielos!

—Tampoco maldigas y menos en mi presencia.

—Está bien, lo intentaré, a veces olvido que eres un cura. Tu mamá se quedó dormida. Insiste en que don Alfonso no la deja dormir.

—¿Otra vez pidió que sacaran de la habitación el retrato de papá?

—Sí, otra vez lo hizo, y también lo confundió con las pesadillas. Qué cosa tan rara. Hoy me di cuenta en dónde he visto un doble de su difunto padre. Casi no me acuerdo y cada vez que veía el retrato como que se me quedaba atorado un pensamiento; ¿has visto el retrato de John Keats?

—No, ¿quién es?

—Fue. —Mery hizo una pausa y notó que la mirada de Gabriel huía, endureció la voz y exclamó con aire de regaño que Keats fue un poeta británico del siglo XIX admirado por doña Margarita, pues la anciana tenía un poemario con la recopilación de todos los poemas, ilustraciones a color del propio autor y una reseña bibliográfica.

—No lo conozco. No sabía que gustabas del arte. Hasta donde sabía solo el deporte te movía las fibras.

—Odio las artes tanto como las odiaron mis padres, que Dios los tenga en su santa gloria. Y tú sabes que nunca tuve talento para esas cursilerías.

—Si lo recuerdo bien...incluso te causaba dificultad hacer una pelota con plastilina.

Mery arrugó la frente. Gabriel tenía razón, lo único que ella podía hacer bien con las manos era propinar golpes y así lo hizo, a lo grande, mientras le duró la universidad.

—Aunque no lo parezca me gusta leer y ahora con tanto trasnocho leo de todo. —Lanzó una mirada de reproche—. He leído tres libros de tu madre, uno de ellos el poemario que te conté. Allí está el retrato del poeta y es igualito a tu padre. No lo recordaba bien, él siempre fue muy del trabajo y de viajes. En verdad don Alfonso fue un adonis, lástima que tan solo Ana sacó sus facciones. No sé por qué tu madre dice que....

—Que es un demonio blanco. —Terminó la frase con tono de aflicción.

Mery percibió cómo la última palabra se había desenrollado de la legua de Gabriel hasta convertirse en una soga de diez metros que se anubada en la garganta con ánimo de estrangularlo. Los dos se callaron y una ráfaga de aire helado dejó una huella sobre la pared, ambos vieron unas gotas de rocío arañando la pintura hasta desaparecer en el zócalo. Mery se estremeció y estuvo a punto de arrojarse en los brazos de Gabriel; sin embargo, él la detuvo con una mirada inquisidora.

—Me pregunto quién personifica, en la mente de su madre, a ese demonio. Y por qué ella le tiene tanto miedo.

—Puede ser por el parecido del poeta con papá y por los temas de las poesías, ¿de qué tratan los poemas?

—Hay mucho amor, amor contrariado de ese que deja nostalgia y rabia... ¡Ah!, si bien lo recuerdo hay un poema que puede estar relacionado. Es una historia de dolor y pena, creo... creo que tienes razón, Gabriel. El primer poema es sobrecogedor, de amor y muerte, belleza y asecho. En el que una serpiente aparece... —Mery frunció la boca y arrugó la frente—. ¡Es eso! Es el poema, la mente de su madre asocia la imagen del autor con el retrato de su padre y este con la historia narrada en el poema.

—¡Lo descubriste! felicidades, ahora todos en casa dejarán de ver fantasmas. —Mery intuitivamente miró hacia la pared, la huella húmeda dejada por las gotas estaba allí como arañazos, demostrándole que ambos se equivocaban—. Mejor no prestes atención a las alucinaciones de mamá, su cabeza está llena de creaturas enigmáticas para nosotros. —Suspiró—. La enfermedad la condujo a un deplorable estado de conciencia. Verás que mañana se levantará sin saber nada y como de costumbre te preguntará quién es ese buen mozo pintado en el cuadro.

Mery hizo una mueca de aprobación y volvió a mirar la pared.

—Mujer, todo esto debe ser difícil para ti; tanto trasnocho, afanes y cuidados quiebran hasta al más fuerte. Mejor ve a descansar. Ah, y, por cierto, cambia a Mozart por Queen, esa fue la banda musical preferida de mamá, tanto que *Innuendo* se convirtió en la canción de cuna de mi hermana.

Mery no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿La anciana fue una *Queener*?... Le era difícil imaginar en el pasado a doña Margarita con su recatada y pulcra figura rockeando al ritmo de los armónicos de una de las bandas más populares del siglo pasado. Una visión de ella cantando con los pulgares en alto le causó risa. La mirada de Gabriel la interrumpió, se sacudió el mechón rubio que le caía sobre la frente y recompuso el semblante.

—Si es difícil para mí debe ser horrible para la familia, en especial para ti. —Gabriel, era el más sentimental de todos. Con tendencia a enfermarse de solo pensar en las dificultades, máxime si él no veía soluciones y había que dejarlas en manos de Dios; qué ironía, la confianza en una mente con falta de carácter deja de ser una cualidad y se convierte en un defecto—. No se preocupe, es mi trabajo. Váyase, usted termine el rosario, llene una copa con ese sabroso vino Cabrini que tiene guardado junto al paquete de hostias dentro del primer cajón de la mesa de noche y métase en cama medio borracho y medio bendito. Yo me quedaré cerca de su madre por si se levanta. ¡Ah! Por cierto, ¿por qué le recomendó salir? Decir mentiras no es lo suyo, ¿cierto?, por qué le llena la cabeza de cucarachas.

—¿Salir? No te entiendo.

—Ella me lo confesó antes de quedarse dormida. Que los tales defensores mañana se la van a llevar.

—¡Yo sé a qué se refiere! —Suspiró—. Es misericordia. Cuando todo se ha perdido el único hilo de fuerza que le queda a una persona es la esperanza. Mamá se sentirá mejor si sabe que puede salir y disfrutar del día, ver la gente deambular por las calles con sus pintas y extravagancias; mirar las montañas, sentir el aire en la cara, ver el cielo y el vuelo de las aves. Esa idea la hace soñar, ¿te das cuenta? Mamá pone cara de felicidad cuando se lo digo; su mirada se vuelve vidriosa y se pierde en la fantasía de su mundo ideal. Ese sueño la fortalece ante la enfermedad, ¿lo entiendes, Mery? Las enfermedades incurables provocan una guerra

en quienes las padecen; por eso los sueños ayudan a encontrarle sentido a la lucha interna y a sobrevivir a nosotros mismos.

—Discrepo de tu concepto. No solo de sueños se vive y mucho menos cuando la enfermedad lo impide. El dolor es un ladrón. Para una persona como su madre la realidad gira al derredor de agujas y pastillas, dolores y calambres; unos cuantos minutos de sol al día y atender las pocas visitas de las almas caritativas que se dignen visitarla para distraerla con chismes de personas que no recuerda o no conoce. Doña Margarita perdió las pasiones, ya no pinta acuarelas, tampoco lee y nunca viaja. Esta casa es su cárcel, el mundo es una pared infranqueable y está sola con su enfermedad y con su locura. ¿Sabe qué es una persona sin pasiones? ... es una roca, es un costal vacío, un ente sin alma y sin personalidad. En esas condiciones soñar no es fácil, ¿qué puede soñar una persona sin recuerdos? Una persona a quien despiertan cada tres horas para monitorearle los signos vitales. En mis veinte años de profesión he conocido a estos pacientes más que usted en sus años de ministerio. Para ellos es más importante recibir amor y que sus familiares les procuren momentos de confianza y alegría. Lo único que valoran es que una persona honesta se siente a su lado y los mire con afecto y agradecimiento, les provoque una sonrisa y se aparten del miedo que les causa sentir los pasos de la muerte.

—¡Basta! Sé por lo que pasa mamá. Aun así, ella no ha perdido del todo la memoria, todavía se estremece con la lectura de las cartas del viejo cofre.

El cofre es el más preciado tesoro de doña Margarita, podría decirse que de toda la familia Pontefino, pues ese pequeño baúl de madera de cedro contiene los retazos más sobresalientes de la historia de la familia, cientos de recuerdos, viajes, cartas y fotografías en las que quedó registrado el paso del tiempo, los tiempos buenos, los cambios que presentó cada uno de los integrantes a lo largo de la vida (y entre todas las futilezas emocionales habidas allí, un par de registros particulares ocultan un secreto con un impacto tan grande que desvelarlo no solo cambiaría la vida de los Pontefino, sino del mundo entero). Algo que solamente la versión saludable de Margarita conocía.

—Sí, tienes razón, doña Margarita aún tiene recuerdos felices. Si pudieras verla cuando habla de eso; sobre todo de un puente. Habla tanto

de un puente que se vuelve hasta fastidiosa, aunque olvidó cómo es; a veces dice que es de piedra y otras de madera. —Gabriel sonrió, Mery hizo una pausa y ladeó la cabeza intuyendo que él sabía de qué hablaba—. ¿Conoces ese puente?

—No, lastimosamente no.

—¿Por qué es tan importante para Margarita?

—En ese puente inició la historia de la familia. Tal vez es el momento más sublime que ella recuerde. Ha idealizado ese momento durante tantos años que el deseo se convirtió en pensamiento y el pensamiento en obsesión. Recuerdo que papá en un lapso de quince años la llevó ocho veces; para mamá fue insuficiente. Creo que ella quería vivir allí.

—Es un sueño frustrado. Qué lástima, una verdadera lástima, las frustraciones son infecciones que se enconan con el paso de los años hasta encarnarse en una enfermedad. No me extrañaría que una de las tantas molestias que ella tiene haya sido provocada por vivir lejos de ese lugar.

—Tal vez, el tiempo siempre eclipsa los anhelos y ahora es imposible llevarla, no soportaría el viaje.

—Es una pena, si fuera mi madre yo la llevaría, ¿qué más da?, que muera en la habitación o en un avión. Y si lo logra, para ella sería la máxima alegría.

—Con su enfermedad no hay certeza de que lo disfrute. Podría ser que al estar en el puente tampoco lo reconozca.

—Entonces llévela al Puente de Guadua. No tienes que meterla en un avión y no la someterás a ningún riesgo. Puedes hacerle creer que está en el puente de sus sueños.

—¿Y si no es así? Aún no ha perdido todos los recuerdos y podría provocarle una desilusión. Lo cierto es que esa rumiación no es dañina; la aleja de cualquier experiencia dolorosa. Es paradójico que los que estamos sanos pasamos la mayor parte del tiempo reflexionando sobre las preocupaciones, en cambio, los enfermos se dedican a rumiar sus fantasías. Unos pueden y no tienen, otros tienen y no pueden. Mery, por eso no te alteres cuando mamá repita una y otra vez la misma historia.